

asaltantes, pues así no podían hacer valer su número. Por eso se ubicaban en las zonas de mayor dificultad topográfica, a fin de estrangular la entrada entre la muralla exterior y los escarpes del terreno, facilitando así el control y defensa del acceso al recinto convirtiéndolo en una "ratonera" con mínima respuesta de los atacantes (como por ejemplo ocurre en los castros de El Castillo en Urraul/Izagondoa, Arriaundi/San Gregorio en Juslapeña y Oskuáin en Monreal). Por lo general las puertas de entrada se localizan, vistas desde el exterior, a la izquierda de las torres o murallas avanzadas y junto a los escarpes del terreno, pues así se dejaba a tiro el costado derecho del atacante (que portaba escudo sujeto con la mano izquierda protegiendo ese costado y con la derecha empuñaba las armas ofensivas) facilitando el tiro de proyectiles con armas de mano desde la muralla y torres hacia ese flanco. En cuanto a la morfología de las mismas, allá donde hemos podido excavar (castro de Galtzarra, en Lana) muestran una particular disposición en esviaje flanqueada por torres de planta subcircular e incluso con una torre albarrana añadida, sistema que también se intuye de visu en otros castros con este mismo operativo y en algunas entradas en embudo identificadas en enclaves castreños y oppida (Turbil en Beire, El Castillo en Olóriz, Gasteluzar en Arróniz o el Cabezo de la Mesa en Ablitas). (Foto 6. Pie de foto: Castro de Galtzarra (valle de Lana). Dispositivo de entrada al castro con torres y puerta en esviaje)

Fosos

La excavación en la tierra o la roca -según el terreno- de uno o varios fosos concéntricos delante de las murallas fue un recurso de la poliorcética castreña muy extendido. Son imprescindibles en poblados de llano aunque también están presentes en castros y, particularmente, en emplazamientos tipo espolón, donde nunca faltan (oppidum de Los Cascajos en Sangüesa). La existencia de un foso bajo la muralla tiene un valor añadido ya que dificulta la tarea de zapa de los asaltantes al resultar más problemática la perforación de un túnel que la atravesase. Para el ojo inexperto pasan prácticamente desapercibidos en nuestros yacimientos al encontrarse hoy colmatados de sedimentos, cuando no son confundidos con portillos o depresiones naturales del terreno. Se documentan desde época antigua (Alto de la Cruz en Cortes, Falconera en Olite), siempre asociados a las murallas que se levantan sobre sus escarpas. Su tamaño es variable pero oscilan entre los 6 y los 20 m de ancho, así como entre los 2 y los 12 m de profundidad. Existen también

fosos avanzados a las murallas vinculados a torres aisladas y antecastros, cuya función está especialmente dirigida a dificultar el acceso haciendo detenerse al enemigo a distancia, como ocurre en el Cabezo de la Mesa (Ablitas). Estas cavas o fosos en muchos castros han sido excavados en la roca, lo cual por su dureza requirió un enorme esfuerzo colectivo a la vez que la extracción de piedra del foso debió servir para el aprovisionamiento de material con el que construir las murallas (Turbil en Beire, Inzura/Amescoazarra en Améscoa, Santa Coloma en Mendaza, San Miguel/Murualdapa en Barbarin, Almuza en Sesma o Peña del Saco en Fitero), en ocasiones creando varios cercos concéntricos a la fortificación principal del castro (El Castillo en Olóriz o La Corona en Sada). Por lo general, los fosos se muestran actualmente en el paisaje como bancales o terrazas artificiales con ligero peralte interior, pero en algunos casos hemos podido comprobar su sección en los cortes del terreno (Murugáin en Muruarte de Reta o Murugáin en Garinoain) e incluso la fortuna ha querido que hayamos podido documentar que algunos tenían su contraescarpa protegida con un paramento de piedra con fábrica de sillarejo (El Castellar en Fontellas), sobre la que suponemos que se levantaría una o varias líneas de estacadas, cuando no de muros de sillarejo, como tuvo la contraescarpa del El Castillo de Andricáin, en el valle de Elorz.

Rampas y caminos de acceso

Pero no solo es importante el amurallamiento y cerco de fosos de los hábitats para su defensa, pues cobra también especial relevancia en los sistemas de fortificación el acondicionamiento del entorno de los mismos y, en especial, la adecuación de las rampas o caminos de acceso cerrados que llevan hasta la misma puerta de entrada del recinto que, como hemos visto, se suele localizar en las zonas más escarpadas que ofrece el terreno para la mejor pro-



Oiamburu (Artajona-Garinoain). Rampa de acceso al castro